

Los estigmas de una malformación congénita

*Carmen Médici de Steiner**

Resumen

El objetivo ha sido transmitir qué se desencadena en la mente del paciente y del analista cuando se introduce en el espacio analítico el cuerpo de un pequeño con una severa y acentuada malformación congénita. Se trata de Juan Andrés, nacido a los 5 meses y medio de su gestación con una severa malformación en ambos tobillos localizada en los tendones de Aquiles. Un niño que, guarecido en fantasías y defensas omnipotentes, buscaba desmentir los estigmas de la misma.

Muchas de sus verbalizaciones permiten evocar el mito de Aquiles: Juan Andrés al igual que Aquiles parecía estar impregnado de grandiosidad y poderío, exceptuando la zona de los talones y si bien se asiste al despliegue de su fantasmática edípica, fantasías de poder fálico, su rivalidad con la figura paterna, se busca mostrar cómo el trabajo con pacientes con malformaciones físicas severas, tornan más prudente el abordaje de la fantasmática edípica, dado que las angustias por el self y del aniquilamiento corporal son más intensas, en determinadas etapas, que la angustia de castración.

Summary

The stigmas of a congenital malformation.

Carmen Médici de Steiner

The goal of this piece of work was to show what is unleashed in the patient's and analyst's mind when the body of a child with a severe and very noticeable congenital malformation appears in the analytical scene. It is about Juan Andrés, born after 5 and a half months of pregnancy, with a severe malformation in both ankles, located in his Achilles' tendons. This child, sheltered in all-powerful fantasies and defences, was seeking to deny the stigmas of his malformation.

Many of his expressions allowed to recall Achilles' myth: Juan Andrés like Achilles seemed to be full of grandeur and power except at the ankles. Although one can observe the display of his edipical fantasies, fantasies of phallic power and the rivalry against the paternal figure, the author wants to

* *Miembro Titular de APU. Br. España 2543. CP II.300*

show that when working with patients with severe physical malformations, one should be more careful when it comes to tackling the edipical fantasies. The author thinks that in these patients anxieties about the self and of bodily annihilation are more intense in some stages than those about castration anxiety.

Descriptores: PSICOANÁLISIS DE NIÑOS / CUERPO /
DESMENTIDA / DEPENDENCIA ABSOLUTA /
CUENTOS INFANTILES / MATERIAL CLÍNICO /

Autor-tema: Winnicott, Donald

Obra-tema: El soldadito de plomo. Hans Christian Andersen

Introducción

El entendimiento del cuerpo ha ocupado el pensamiento de los psicoanalistas de un modo profundo y persistente desde el nacimiento de nuestra disciplina. El cuerpo como yo corporal, cuerpo erógeno, objeto de las pulsiones, imagen y esquema corporal, self corporal, psiquesoma son representantes de conceptualizaciones teóricas, producto de investigaciones y elaboraciones en torno a sus disímiles significados y simbolizaciones.¹ Ahora bien ¿qué sucede cuando se introduce en el espacio analítico el cuerpo de un pequeño con una severa y acentuada malformación congénita? Un niño, Juan Andrés, nacido a los 5 meses y medio de su gestación con una severa malformación en ambos tobillos localizada en los tendones de Aquiles. Una perturbación que introdujo profundas fallas en sus experiencias y vivencias psíquicas y físicas. Complejos obstáculos para lograr la individuación y separación que necesitaba para consolidar un existir menos conflictivo y doloroso por los estigmas de la malformación de su cuerpo.

El cuerpo roto y un cuento

¹ Para el proceso de elaboración se han destacado aquellos pasajes que resultan ilustrativos del pensamiento de D. W. Winnicott.

Al conocerlo, cercano a los 4 años de edad, estaba prevista una nueva intervención quirúrgica y en ese primer encuentro me impactó el contraste entre la perfección de su rostro y la imperfección de sus piernas, su desequilibrio postural, su frágil sostén. Como su marcha era en tijera con pie en equino al caminar cruzaba sus pies y rodillas balanceando su tronco de un lado a otro alterando su equilibrio y propiciando caídas. Sus fallas en el equilibrio y sus miedos a las caídas inundaron y trabaron, desde muy temprano, sus intentos por alcanzar y mantener una postura vertical estable.

Durante el proceso de Psicoprofilaxis Quirúrgica Psicoanalítica² previo a la intervención, que sería en su triste y terrible historia médica la última internación hospitalaria de su infancia, estableció contacto con la caja de juegos para detenerse casi exclusiva, compulsiva y desesperadamente en las supuestas fallas, roturas, hendiduras y malformaciones que fantaseaba descubrir en las piernas, ruedas, patas del material lúdico. Tales búsquedas me introducían en el desconcierto y en el asombro al tratarse de juguetes nuevos.

El tratamiento psicoanalítico comenzó luego de la intervención y pasados casi cuatro meses, debido al período de quietud por el yeso que envolvía sus piernas y por diversos abordajes corporales y neurológicos. Al hacerlo, Juan Andrés introdujo paulatinamente sus silencios. El silencio de sus palabras, dibujos y juegos y particularmente un gran silencio acerca de la malformación de su cuerpo y frágil sostén. Posiblemente porque esos silencios no trabaron el vínculo y el entendimiento transferencial y contratransferencial, un día inesperadamente, nos encontramos a través de un juego con soldados de plomo, evocando el cuento del **Soldadito de Plomo**.

Como si no hubieran transcurrido meses entre la finalización y el inicio de ambos abordajes retomó la búsqueda de descubrir malformaciones en las piernas de los soldados. Acompañando aspectos de las fantasías y atemporalidad de su realidad psíquica nos encontramos pensando y analizando sus intentos y concreciones de cortárselas o rompérselas. Dinámica lúdica que durante una secuencia me hizo recordar un tradicional cuento de la infancia. (Juan Andrés tiene dos hermanos particularmente lindos e inteligentes)

El **Soldado de Plomo** relata la historia de uno de los 25 soldados que por haber nacido de la misma cuchara de plomo son hermanos. Todos eran iguales, salvo el que por haber sido fundido cuando no quedaba plomo suficiente, sólo tenía una pierna. Vivía en un cuarto de juegos donde, según sus pensamientos, todo era hermoso excepto su cuerpo. En especial enfatizaba la belleza de una bailarina que al mostrar una pierna levantada y cubierta con una preciosa falda hizo fantasear al soldadito que también ella tenía una sola pierna.

Durante toda la narrativa se destaca el dolor, desestima, desvalorización, exclusión, accidentes y peligros a los que se expone el mal formado personaje, dentro y fuera de su entorno. Situaciones en las que aparece respondiendo con silencios, desmentidas, negación, omnipotencia, supresión o represión de los afectos.

Andersen, el autor, comenta de su protagonista que ante una situación crítica, como era valiente, no le cambiaba el semblante «**El soldadito de**

² *Psicoprofilaxis Quirúrgica Psicoanalítica realizada antes y después de la intervención quirúrgica en la cual se analizaron, especialmente, sus fantasías y emociones entorno a tal suceso.*

plomo no dijo nada y se conmovió tanto al verla que estuvo a punto de llorar, pero no era propio de un soldado.» (Andersen, H.C.; 1874, p.154)

En un momento del cuento, cuando por esas cosas extrañas de la vida uno de los niños regresa a la casa, abruptamente, lo arroja dentro de la estufa encendida **“El soldado de plomo quedó deslumbrado y sintió un calor horroroso, pero no sabía si era provocado por el calor tan intenso, por el fuego o por el amor. De pronto notó que se derretía, pero siguió valiente con el fusil al hombro. Entonces se abrió una puerta y el viento arrastró ala bailarina que cayó al lado del soldadito... al otro día entre las cenizas se encontró algo que parecía un corazón de plomo con las lentejuelas del traje de la bailarina.”** (Idem; p. 156)

Paulatinamente logramos asociar que Juan Andrés al igual que el Soldado de Plomo tendía a negar y desmentir las experiencias y vivencias traumáticas desencadenadas por su malformación física. A guarecerse a través de contenidos, fantasías y defensas omnipotentes y maníacas, del dolor psíquico, zozobras narcisísticas y desintengrantes cuando percibía, por ejemplo, que si bien caminaba, sus talones tienen profundas cicatrices y sus piernas por momentos, continuaban trastabillando.

Es posible recopilar varias secuencias en las que expresa **“Soy un príncipe. Un príncipe hermoso. Tengo muchas espadas. Son las más fuertes y las más lindas.”** Verbalizaciones que, por un lado me hacían recordar el mito de Aquiles. Juan Andrés al igual que Aquiles parecía estar impregnado de grandiosidad y poderío, exceptuando la zona de los talones. Asistimos al despliegue de la fantasmática edípica, sus fantasías de poder fálico, la rivalidad con la figura paterna eran elocuentes, sin embargo, el trabajo con pacientes con malformaciones físicas severas me ha tornado muy prudente en el abordaje de las mismas, dado que las angustias por el self y del aniquilamiento corporal son más intensas, en determinadas etapas, que la angustia de castración.

Son pasajes, en el devenir de la estructuración psíquica, donde la angustia por las pérdidas y frustraciones experimentadas y vivenciadas en el self y el temor al derrumbe predominan sobre otras angustias. La angustia de mutilación es más poderosa y violenta que la angustia de castración. En tal sentido me he descubierto analizando más el narcisismo herido ante un cuerpo realmente herido. Fantasías desgarradas ante un cuerpo desgarrado y emociones dolorosas ante un cuerpo que ha sufrido. Durante tales momentos me he preguntado respecto a mis intervenciones e interpretaciones ¿estará escuchando más las demandas del yo o del ello? ¿Al cuerpo como objeto objetivo de sufrimiento o al cuerpo como objeto subjetivo de la pulsión? ¿Al estigma de su cuerpo malformado albergado en cada una de las instancias de su psiquismo? Y Juan Andrés, momentáneamente ¿no buscará ser más escuchado desde las demandas de su malformación corporal objetiva?

Durante el proceso analítico el niño fue construyendo el sendero interpretativo. Hubo períodos, en los cuales Juan Andrés, a diferencia del Soldadito de Plomo, transitaba por un intenso dolor psíquico. Un día en el cual estaba particularmente triste y mientras trataba de dibujar el cuerpo de un niño comentó **“¿Cómo es mi cuerpo? Yo no sé cómo es mi cuerpo. Decímelo tú.”** Al introducirnos en las posibles simbolizaciones de su cuerpo fantaseado y en el deseo que a través de mi mirada pudiera descubrir y conocer su cuerpo, agrega **“Mi cuerpo son pedazos. Feos y rotos. Separados como un borrón.”** Al preguntarle qué es un borrón responde **“Mi cuerpo es nada. Nada. ¿Ves? Borro y no queda nada.”**

Al interpretarle que lo que estábamos intentando era conocer esos pedacitos, las partes feas y rotas de su cuerpo, tratar de unirlos y de unirlos con las otras partes lindas y sanas de su cuerpo, dice **“Muñequita. Vos sos una muñequita. Una muñequita que voy a mandar al agua.”** Mientras hablaba había tomado uno de los muñecos de la caja de juego y mientras lo sumergía en el agua lo iba desmembrando. Primero le sacó los brazos, luego la cabeza y por último las piernas. Agregando: **“Hundíte! Hundíte!”** Antelo cual, sobreponiéndome a la intensa angustia que me aproximó a su y a mi dolor frente a enigmáticas vivencias de desintegración, hundimiento, muerte y desgarró, logré interpretarle: “Ahora parece que es mi cuerpo el que queda en pedazos. Que mi cuerpo no es nada. Que tu cuerpo y mi cuerpo son nada”. Juan Andrés responde **“Los dos somos nada”**.

A través de esta significativa viñeta ocurrida, en un a posteriori, pude comprender una de mis fallas interpretativas: la interpretación develaba mi deseo y mi necesidad de que Juan Andrés se encontrara con un cuerpo sano. Así me alejaba y lo alejaba de su deseo y su necesidad de que le sostuviera su cuerpo roto. Cuando el pequeño me mostraba que antes de unificar los pedazos dispersos de su cuerpo fragmentado que habitaban su mundo interno me correspondía transitar, subjetivamente, la nada de su y mi propio cuerpo. La nada de nuestras fragmentaciones y destrucciones. Así como permitirle experimentar la destrucción del objeto subjetivo y la sobrevivencia del objeto objetivo.

Juan Andrés me pedía que no solamente continentara la angustia relativa a las representaciones psíquicas de su cuerpo feo y roto, sino que lo sostuviera en un intenso momento regresivo. En un estado próximo, posiblemente, a una experiencia de dependencia absoluta ligada a acontecimientos tempranos de no integración y de no ser conocido. Winnicott comenta que el ser conocido está ligado al sentirse integrado. Cuando un niño no ha tenido una persona que recoja “sus pedacitos” empieza con fallas la experiencia de integración y de autointegración y necesita, en su momento, que el analista lo introduzca en ambos procesos (Winnicott, D. W.; 1945, p.209).

Cabe adicionar que tales fallas estaban incuestionablemente vinculadas a un cuerpo que en su materialidad y por lo tanto en lo psíquico, había vivido situaciones de alto riesgo desde sus primeras horas de existencia las que lo introdujeron en hechos y no sólo vivencias de muerte, rotura, fragmentación, pérdida y soledad.³ Sólo que, se trataba de un pequeño que no deseaba continuar negando y desmintiendo como el Soldado de Plomo que, sostenido en un falso self aún mientras moría, aún cuando su cuerpo y su vida estaban siendo **abrasados** por las llamas, fantaseaba que era el **abrazo** del amor y no el **abrazo** de la muerte el que lo estaba conduciendo a la nada.

El cuerpo roto y las cuerdas

³ *Entre otros, la madre a los 5 meses y medio de embarazo fue sometida a una cesárea como consecuencia de severas hemorragias. El pequeño a las 48 horas tuvo serios problemas respiratorios que lo obligaron a tener que recibir la ayuda de un respirador durante 14 días. A los 20 días hace un paro respiratorio por el cual fue reinternado nuevamente en el CTI y una vez más necesitó la ayuda de un respirador. Durante tales hechos tuvo severos riesgos de vida. Además por estrabismo usó lentes y parches por un largo periodo.*

Pasada la búsqueda de malformaciones en el material lúdico y de silencios, el pequeño empezó a mostrar una intensa tendencia compulsiva a utilizar cuerdas, hilos, cordones, cinta adhesiva, bandas elásticas y papel higiénico que, apretándolo y retorciéndolo, lograba convertir en sus fantasías, en largas y fuertes cuerdas. La fantasmática del cuerpo fue ahora habitada por los significados que las cuerdas y las ataduras suscitaban en su mente dentro de una supuesta zona intermedia poblada de objetos y fenómenos transicionales. Una zona que posibilita la relación, el uso y la posesión de los objetos percibidos de un modo objetivo, y concebidos de un modo subjetivo. Percepciones y concepciones que prestan sustento a la creatividad ligada con disímiles significados. (Winnicott, D.W; 1951) Significados que se transformaban, algunas veces de un modo tan vertiginoso que nuevamente suscitaron interrogantes en los entendimientos interpretativos.

Juan Andrés comenzó tímida o intrépidamente a envolver su cuerpo o mi cuerpo unidos o separados entre expresiones libidinales y agresivas. Al tiempo que rodeaba y ataba los juguetes de la caja quedando prácticamente todos cubiertos por los distintos elementos asemejando metafóricamente a veces una especie de crisálida esperando el nacimiento y otras, una especie de mortaja a la espera de la muerte.

Recuerdo ciertos pasajes en los que oculta en fantasías y emociones edípicas estaba su necesidad omnipotente de alcanzar una dependencia absoluta preedípica garantizadora de vida. **“Todos los muñecos están bien atados. Son tarados cuando se separan. Ayudáme a atar más a la mamá y al papá. Dame más cuerda. Así bien ataditos no se pueden desatar. (Sorpresivamente exclama) ¡Se escaparon! ¡Atalos otra vez! Los vamos a tirar ala basura si se vuelven a escapar. Mirá le saqué un brazo y la mano a mamá y ahora no puede decir chau... chau.”**

Si bien durante algunos tramos trabajamos la fantasmática edípica, los deseos de mamá y papá de estar juntos, de escapar y así excluirlo, Juan Andrés entre expresiones irónicas y agresivas (**“Muñequita. Muñequita”** o **“Princesa. Princesita”**) rechazaba las interpretaciones revelando más allá de una resistencia, que la expectativa era otra: que la analista continuara entendiendo y sosteniendo la fragilidad de su cuerpo y su psiquismo. Que su “temoral derrumbe” era aún su sentimiento más acuciante. (Winnicott, D.W; 1963, p.111) Analizamos la situación en la que todos aparecían atados. Tan unidos como si fueran una sola persona resultando difícil, por momentos, diferenciar sus pensamientos y formas de los de mamá y papá. Progresivamente comprendimos la fantasía de que cuando estaba unido lograba ser inteligente, poderoso y sentirse integrado. Cuando no lo estaba aparecían las pérdidas, el desvalimiento y la inseguridad. Desaparecía el sostén. Al estar tan apretado, mágicamente se impregnaba de los aspectos sanos, lindos y valiosos de las figuras parentales. (Los padres son al igual que sus hermanos físicamente agradables).

La fuerza de las ataduras impedían asimismo que fuera abandonado. La separación y la individuación sorpresivas y violentas le provocaban tanto sufrimiento y miedo que cuando imaginaba que los padres escapaban y quedaba sumido en la soledad y desamparo su angustia y su enojo aumentaban y ambos eran sádicamente transformados en deshechos. El cuerpo de la madre era el particularmente atacado. La figura materna era furiosamente desmembrada. El y su madre quedaban atrapados en la mutilación quedando indiferenciados en sus roturas corporales; al igual que transferencialmente la analista. Una vez más emergieron semejanzas entre el

niño y el Soldado de Plomo. Es posible evocar que el personaje de Andersen fantaseaba que a la hermosa bailarina le sucedía lo mismo que a él: a los dos les faltaba una pierna. Ambos eran malformados.

Progresivamente fue posible conjeturar que para Juan Andrés el abandono, la separación y la malformación estaban vinculadas y culpaba inconscientemente a la madre por no haberlo contenido, atado y preservado dentro de su vientre por más tiempo. Sostenida en el autoanálisis algunas veces me había preguntado si la compulsión a la repetición de las ataduras no estaba expresando sus deseos de regresar al cuerpo de la madre, anular la separación, tener el espacio y el tiempo perdidos dentro del útero materno para recrear su nacimiento con un cuerpo distinto.

A través de sucesivas sesiones el pequeño había logrado introducir uno de los conflictos más dramáticos de su historia psíquica y corporal: la búsqueda de mantenerse atado. Al estar maniatado a las figuras parentales modificaba, metafóricamente, la ruptura que se había dado en la continuidad de la experiencia entre él y la madre. Se trataba de hechos analíticos que reflejaban su búsqueda en alcanzar ataduras más que abrazos. En una oportunidad al interpretar su deseo de ser abrazado o de abrazar a la madre exclamó furiosamente **“Nenita. Nenita. No estamos abrazados. Estamos atados!!”**⁴

5

Una vez más el paciente introducía dudas en el entendimiento analítico. Se fue develando que en el pequeño existía una sutil y significativa diferencia entre la dimensión simbólica del abrazo y de las ataduras. Analizar la misma fue una tarea compleja porque entre otras cosas, Juan Andrés mostraba angustia y hostilidad ante la perspectiva de incursionar y transformar sus significados. Pasado un período se pudo comprender que en su psiquismo las ataduras poseían un fuerte poder mágico y omnipotente: eran símbolo de vida, autoconservación y crecimiento. Ubicaba en ellas, sostenido en un dominio mágico y una excesiva idealización, objetos buenos y protectores. Además, la desmentida de su malformación le trababa la perspectiva de los severos conflictos que tal idealización enmascaraba. Compartimos un tramo analítico cargado de resistencias mientras lograba el duelo por la creencia en la idealización omnipotente y atemporalidad de las ataduras mientras procesaba la elaboración de los límites de la idealización y la temporalidad de las mismas. Al tiempo que lograba vivenciar el complejo y doloroso tránsito de la ilusión a la desilusión de las mismas fue posible inferir, la dimensión del abrazo, como ligazón edípica.

Si bien, teóricamente, es posible ligar las ataduras y el abrazo a la necesidad y a las experiencias instintivas, clínicamente, dadas las sutiles diferencias simbólicas que el pequeño daba a una y a otras ¿sería posible entender cuándo serían expresión de handling o cuándo de holding? Acaso ¿es posible categorizar las y diferenciarlas netamente? (Winnicott, D.W.; 1945-1951)

La idealización de las ataduras y de la atemporalidad fue posible entrelazarla a su historia primigenia. En los pasajes iniciales pudimos conocer que se trata de un niño prematuro. El cordón umbilical tuvo que ser cortado abruptamente en el tramo final del embarazo y desde muy temprano fue

⁴ Durante un largo período fue muy sensible a la hora de buscarlo. Bastaban unos minutos de demora para que emergieran crisis de llanto y desesperación.

⁵ Las fantasías hacia el cuerpo materno se movilizaban entre lo libidinal y lo destructivo: deseos, reparación, sadismo, retaliación y envidia.

conminado a transitar por otras ataduras que lo separaban del cuerpo y del apego con la madre a pesar de los desesperados reclamos de la misma. Durante su peregrinación médica y para posibilitarle la vida, lo sostuvieron atado a instrumentos, maquinarias, personal técnico y asistencial del ámbito hospitalario y Juan Andrés conoció en múltiples oportunidades múltiples ataduras. Tuvo que permanecer vendado, intubado, maniatado, sondado, enyesado, mientras ambos padres, angustiados buscaban preservarlo y liberarlo del aislamiento corporal y afectivo que la problemática corporal y neurológica había desencadenado. Sólo que en el marco hospitalario, en múltiples ocasiones, fueron las ataduras y no los abrazos los que posibilitaron su vida.

Tales derivaciones facilitaron el advenimiento de un nuevo y conmovedor descubrimiento. Así como el Soldado de Plomo, apuntalado en la desmentida imaginaba, mientras era devorado por las llamas, estar abrazado por el amor y no por la destrucción, Juan Andrés imaginaba, apuntalado en la idealización excesiva, desmentida y negación que las cuerdas lo ataban a la vida, al sostenimiento psíquico, corporal y emocional. Tal perspectiva no le permitía percibir que, si quedaba atrapado en las mismas quedaría atrapado en la inmovilidad de su crecimiento psíquico, cognitivo y emocional.

Se trata de construcciones psíquicas posibles de enlazar ciertas palabras de Winnicott. En niños en los que existen temores a las caídas y a situaciones que impliquen amenazas en su equilibrio psíquico y corporal aparecerá el deseo y la necesidad de aferrarse o amarrarse a algún objeto. Un objeto que sea representativo de seguridad. “A medida que el pequeño aprende a arrastrarse y luego a andar, la función de apoyo de la madre va trasladándose crecientemente al suelo; ésta debe ser una de las principales razones de que inconscientemente se equipare la tierra a la madre y de que los trastornos neuróticos del equilibrio se remontan tan a menudo a conflictos relacionados con la dependencia de la madre.” (Winnicott; D.W.; 1952, p.140) Y, como hemos observado al transitar tales experiencias con faltas y fallas el pequeño se aferró a las cuerdas como objetos internos y externos.

La deconstrucción de la fantasmática de las ataduras aproximó, asimismo, a crudas paradojas. Si, metafóricamente, el cordón umbilical fuera concebido como una cuerda, se trataría de la primera cuerda y atadura de la existencia proveedora de vida. Y si bien para el paciente tuvo ese significado su ausencia lo aproximó a experiencias de muerte. En una sesión había exclamado: **“Ahora el hijo está atado bien fuerte a la mamá ¿está claro? Si lo suelta se cae”**. Y, durante su peregrinación médica mientras le sostuvieron la vida paralelamente le incrementaban el alejamiento de sus padres, de su hogar, y agudizaron su temor al derrumbe, la dependencia excesiva, inmovilidad y desvalimiento.

Winnicott en el apartado del Cordel, sugestivamente subdenominado “Técnica de Comunicación” comenta que el cordel así como une, ayuda a envolver objetos y sujetar lo no integrado, expresa, simbólicamente, sentimientos de inseguridad, falta de comunicación y la función de pasar de la unión a una negación de la separación. (1960)

A modo de reflexión final.

En la medida que el niño fue mostrando haber desarrollado una capacidad para el uso de los objetos dentro del principio de realidad, quebrando el círculo de ser dominado y estar dominado mágicamente por los

objetos dentro del principio de placer, cabría plantear ¿las cuerdas, hilos, cordones, banda elástica, cinta adhesiva y papel higiénico serían sólo representantes de sus deseos y sus necesidades de permanecer atado a las figuras parentales para anular el abandono y la separación? ¿Expresaban sólo su miedo a perderlos porque manteniéndose atado lograba omnipotentemente sentir un self integrado y sostenido en lo corporal y en lo psíquico? O ¿comenzaron a mostrar que en su mente las cuerdas, en sus disímiles significados, dieron cabida a nuevas representaciones de aquellos arcaicos acontecimientos y representaciones de su cuerpo? En su realidad psíquica si bien continuaron existiendo las de aquel cuerpo borrón, cuerpo nada, cuerpo roto, fue posible analizar la presencia incipiente de una piel sostenedora y una estructura corporal integrada azorada por la temática de las cuerdas. Los nuevos significados dieron señales que habían entrado en un proceso de cambio simbólico. Juan Andrés fue deponiendo la creencia de encontrar la integración y el sostenimiento, exclusivamente, en el mundo externo y afirmando progresivamente la confianza en el potencial de su mundo interno. (Winnicott, D.W.; 1962) En lo subjetivo y objetivo las vivencias de separación y de individuación comenzaron a perfilarse y consolidarse. En otros términos, el niño fue elaborando el simbolismo que le otorgaban las cuerdas con función de límite a la posesión de su piel y cuerpo como los ejecutores y representantes de tal función.

Si bien la posesión estaba en proceso, Winnicott plantea una aseveración y una duda que la historia del pequeño habilita a considerar. Cuando un individuo ha llegado a tener una unidad con una membrana limitante, un exterior y un interior es que ha podido alcanzar una realidad interna, un mundo interior “que puede ser rico o pobre, encontrarse en paz o en estado de guerra. Esto es una ayuda pero ¿es suficiente?” Una duda que hacemos propia. Aunque en la mente de Juan Andrés el cambio psíquico comenzó a vislumbrarse ¿la fuerza del trauma temprano podrá ser suficientemente analizado y elaborado? ¿El falso self encontrará las condiciones para que el verdadero self haga posesión de lo suyo? (1960; p. 173)

Mientras tales y otras dudas quedaron en la mente de la analista en la realidad psíquica del niño fue posible analizar que la piel sostenedora y la estructura corporal integrada se transformaron en configuraciones capaces de dar un espacio para los pensamientos nacientes acerca de su cuerpo. A la fantasmática detener un cuerpo feo y un cuerpo lindo y no aquel cuerpo hermoso impregnado de grandiosidad y poderío sostenido en la desmentida de cuando tenía 5 años y le hacía fogosamente exclamar “**Soy un príncipe. Un príncipe hermoso**”.⁶

Bibliografía

⁶ Durante el proceso psicoanalítico Juan Andrés estuvo en Terapia de Psicomotricidad con la especialista Blanca García con la cual sostuvimos un abordaje interdisciplinario.

- ANDERSEN, H.C. 1874. *El Soldadito de Plomo* En Edit Hyspamérica, Buenos Aires, 1985.
- WINNICOTT, D.W. 1945. Desarrollo emocional primitivo. En *Escritos de Pediatría y Psicoanálisis*; Edit. Laia; Barcelona, 1981.
- 1951. Objetos y fenómenos transicionales. En *Realidad y Juego*; Granica Editor; Buenos Aires, 1972.
- 1952. La angustia asociada a la inseguridad. En *Escritos de Pediatría y Psicoanálisis*. (Idem)
- 1960. El cordel: Técnica de Comunicación. En *El Proceso de Maduración en el niño*. Edit. Laia; Barcelona 19791960. Deformación del ego en términos de self verdadero y falso. (Idem)
- 1962. La integración del ego en el desarrollo del niño. (Idem)
- 1963. El temor al derrumbe. En *Exploraciones Psicoanalíticas I*. Edit. Paidós; Buenos Aires, 199